

# El feminismo y las mujeres de la provincia argentina

Silvia Itkin

La experiencia sobre la cual voy a hablar ocurrió el año pasado, en el mes de octubre, en la ciudad de San Francisco, Córdoba. Allí estuve para charlar sobre el feminismo con tres grupos de mujeres. Dos de ellos eran de barrios periféricos, formados casualmente para asistir a cursos de costura, tejido, repostería y algunas otras actividades por el estilo, organizadas por la secretaría de cultura de la municipalidad local. El tercer grupo surgió de la convocatoria que esta secretaría hizo para otras charlas y tuvo lugar en la intendencia.

Hablar del feminismo en el contexto que acabo de plantear podía parecer tanto un desafío como una tarea inútil. En principio, me preguntaba cómo organizar un discurso posible de ser escuchado por ellas, porque se supone que las feministas desdeñamos plenamente esas actividades que las mujeres desarrollaban allí y, además, se sabe que los prejuicios acerca del feminismo son enormes.

Sin embargo, fue una experiencia sumamente reveladora. Los dos grupos, en los barrios, sumaron unas cuarenta mujeres cuyas edades oscilaban entre los 20 y los 70 años, en su mayoría casadas, con hijos y nietos.

Me propuse reflexionar con ellas acerca de por qué soy feminista y traté, también de explicar cada uno de los prejuicios que existen alrededor del feminismo para rebatirlos. Con mayor o menor timidez, las mujeres optaron por responder con testimonios personales. Relataron puntualmente y de un modo muy conmovedor sus historias, que podrían haberse resumido en una sola: de jóvenes ambicionaron un proyecto para sí, se frustraron en la concreción de ese proyecto e iniciaron una vida familiar, casi como una continuación de su condición de hijas, cambiando al padre por un marido, y muchas de ellas estaban allí, asistiendo a esos cursos, como la primera y única actividad que hacían fuera de sus casas.

De esos testimonios surgió la historia de una mujer que quiso ser médica y sólo logró una carrera de enfermería que nunca pudo ejercer por la presión familiar. Otro, muy notable, fue el caso de una mujer que pasó gran parte de su vida con alteraciones emocionales, superadas en alguna medida con curas de sueño y psicofármacos; ella quería, y lo planteó en la reunión como su problema, comprarse unos *jeans*, pero su marido y sus hijos se oponían sistemáticamente. Otra de las mujeres había descubierto, gracias al taller de manualidades, que a los cincuenta años tenía "una pintora adentro suyo": ésas fueron sus palabras textuales.

Las mujeres jóvenes, de menos de treinta años, fueron las que demostraron mayor resistencia, y a la hora del debate que siguió a las charlas, algunas se retiraron. Entre las que se quedaron, había una anciana desdentada y muy silenciosa que sólo salió de su hermetismo para pronunciar una frase que me parece inolvidable. Cuando hablábamos del tardío ingreso de la mujer a la educación formal, ella sólo formuló una pregunta: "¿Para qué educarnos —dijo— si lo único que teníamos como futuro era una vida de fregona?" Sus compañeras contaron, después, que esta mujer había sido ama de casa toda su vida y que por primera vez hacía algo independiente de sus obligaciones. Y, paradójicamente, salía de su casa para tomar cursos de costura y tejido.

Las mujeres que asistieron al encuentro en la intendencia eran mujeres marginadas por otras razones: solteras o separadas; casi todas profesionales o trabajadoras fuera de su casa son, en una comunidad pequeña y cerrada como San Francisco, mujeres señaladas como "raras".

No sé cuánto de movilizador habrá sido para todas ellas la experiencia que compartimos, pero sí sé cuánto lo fue para mí.

Porque la primera pregunta que me surgió, inevitable, fue qué hace el feminismo por estas mujeres, si las incluye en sus preocupaciones, si le interesa contar con su consenso o prefiere darlas por

perdidas, considerarlas irrecuperables. No sé si las feministas nos preocupamos por las mujeres del interior. Y no hablo de beneficencia ni de evangelización. Sólo que frente al ostensible atraso de estas mujeres de provincia, se me ocurrió pensar hasta dónde el feminismo que practicamos aquí es un movimiento exclusivamente urbano.

La sensación más palpable que tuve fue que en Buenos Aires, en lugares como éste y otros similares que puedan existir, la discusión feminista empieza desde cierto nivel intelectual hacia arriba, dando por resueltos algunos puntos claves que definen al movimiento, y sobre los cuales, todas acordamos tácitamente.

Me pregunto si para ser feminista hay que tener varias cuestiones ya superadas: si hay que ser una mujer esclarecida. Esta podría ser una concepción del feminismo. Aunque podría haber otra: una es feminista o elige el feminismo en tanto comprende que la identidad y el lugar de la mujer es un trabajo por hacerse y que el único requisito es tener preguntas al respecto, quizá más que respuestas rotundas.

Es posible que sea esta última idea la que desee o pueda integrar a estas mujeres del interior del país; que sea ésta la concepción del feminismo que se interese por

(Graciela Iturbide)

